

ARCHIVO SECRETO

Revista Cultural de Toledo

Número 8 • Año 2025



ANDANZAS DE AZORÍN POR TOLEDO

Miguel Cortés Arrese

Azorín, como Baroja o Unamuno, también como Bayo e Ignacio Zuloaga, se empeñaron en conocer las viejas ciudades y pueblos de Castilla, sus monumentos, gentes y paisajes, resucitar los poetas de tiempos pasados y difundir la obra de pintores como El Greco, porque pensaban que encarnaba la nación española. Y lo hicieron, aseveró Julio Caro Baroja, “antes que Bartolomé Cossío escribiera su libro”.

Los miembros del grupo, recordó Azorín en Madrid, fijaron su atención en las obras del cretense, al que tenían por extraño: “vieron sus cuadros en Toledo. Encontraron cierta afinidad entre lo que ellos querían y lo que ambicionaba el Greco. De los distintos efluvios que emanan del Greco, lo que era más acepto a estos escritores era el idealismo exaltado y misterioso”¹.

Guiados por este propósito recorrieron los conventos de monjas de la ciudad, siempre de buena mañana, seducidos por sus iglesias solitarias, por sus rejas, redes y rallo. Pensaban que esas mujeres, en su discurrir por claustros, coros y celdas, “con sus débiles fuerzas, llegaban a lo más alto de su vida pura, delicada y fervorosa”. Al término de aquellas visitas llegaron a la conclusión, que su forma de vida era una “corroboración de la espiritualidad del Greco”. Dedujeron que el artista tendía a una concentración de la espiritualidad, “todo su problema es ese”. Y “el religioso contemplativo tiende al mismo fin”².

A estos viajeros les atraía también el color de sus pinturas, que les hacía pensar en el de la ropa tendida en “patios, galerías, balcones, descampados. Ropa blanca, azulina, verdosa, amarillenta, rojiza... bajo el sol, o bajo un cielo ceniza, inmóvil, en gran-

des masas, o flanqueando al viento”³. Imagen que, puntualiza Azorín, refleja muy bien la pintura del candiota, asunto sobre el que pensó escribir unas páginas tituladas, *Ropa tendida en Toledo*. No lo hizo. Aunque sí asoció los colores de El Greco con los de la flora silvestre: “el amarillo delicadísimo del jaramago, el rojo encendido de la amapola, el azul intenso del cardo”.

Sin olvidar los alrededores de la ciudad. Cuenta Pío Baroja que un domingo, tras deambular por el laberinto urbano: “Callejeando salí por la puerta del Cambrón, y desde allí, por la Vega, hacia la puerta Visagra, y paseé por la explanada del hospital de Afuera. Al anochecer, desde allá, aparecía Toledo severa, majestuosa; desde la Cuesta del Miradero tomaba el paisaje de los alrededores un tono amarillento, cobrizo, como el de algunos cuadros del Greco, que terminaba al caer la tarde en un tinte calcáreo y cadavérico”⁴.

Los excursionistas visitan las iglesias adornadas con lienzos del cretense y acuden a Santo Tomé atraídos por la polémica que, desde hacía algún tiempo, envolvía la composición del *Entierro del Señor de Orgaz*. Controversia que había trascendido nuestras fronteras pues, al decir de De Latour en 1860: “Lo que yo llamaría la parte humana del cuadro, o sea, el muerto y quienes le rodean es admirable”. Porque las cabezas tienen vida y los personajes están agrupados con criterio, unificado el conjunto por el tratamiento de la luz. Pero la parte superior, añade, refleja el desvarío del artista, pues “el cielo es un caos de nubes donde parece reflejarse el desorden del cerebro del pintor”. Y las tinieblas que envuelven a los personajes subrayan el efecto extraño de la escena⁵.

< *Entierro del Señor de Orgaz*, El Greco, óleo sobre lienzo, iglesia de Santo Tomé, Toledo, 1586-1588

Polémica que quiso dar por cerrada Martín Rico, pintor de sombrero de alas anchas y poblada melena, en *El Liberal* del 30 de noviembre de 1894, quien califica al griego de “hombre misterioso, filósofo y gran artista”, y al *Entierro* de “fundamento de la escuela española”. Y sobre la parte alta del cuadro señala:

*Con perdón de los críticos, me parece la parte alta admirable; no hay más que algún nubarrón de los que el Greco solía hacer para unir lo terrestre con lo celestial, que ofusca un poco la vista, a los que no miran con atención a aquel Cristo. La Virgen y los santos que le rodean son una maravilla de color y de espíritu.*⁶

Y de la parte baja realza la valía de los caballeros que son testigos del entierro mientras arropan al conde, y al obispo y diácono que lo sostienen, “porque el que quiera encontrar el verdadero tipo de la distinción y caballería española de nuestra época, no verá página más sublime”. Señala que la pintura española cuenta con retratos que semejan a los allí representados pero no alcanzan su maestría.

Caballeros portadores de la gravedad castellana, que todavía daba sentido a la vida de los hombres que los excursionistas encontraban a su paso por los caminos, calles y plazas de sus andanzas. Sentido de la vida, dirá Azorín, “que siendo antiguo, es a la vez moderno, Sentido perdurable y noble”. Gravedad de la que es buena muestra el hidalgo del *Lazarillo de Tormes*:

*Serio, digno, celoso de su honor, guardador puntilloso de su dignidad, vive austeramente, no come muchos días y oculta con decoro a todos su hambre, y aparece en público, altivo el continente, con una biznaga en la boca para demostrar que acaba de comer, no habiendo comido. No vemos tampoco aquí la irrisión. Contemplamos, si, la gravedad castellana.*⁷

1. UN PAÍS IMAGINARIO

Estos viajeros querían, al tiempo, dar réplica a los testimonios ofrecidos por los extranjeros que habían venido a España y más tarde habían publicado las

impresiones de su viaje. Visitantes que, con frecuencia, ofrecían un panorama sesgado de nuestro país, en particular los románticos. Lo percibían como un territorio alejado del perfil europeo dominante, exótico y pintoresco, con un clima que emparentaba con el de la tórrida África, abundante en manifestaciones populares y religioso hasta la superstición.

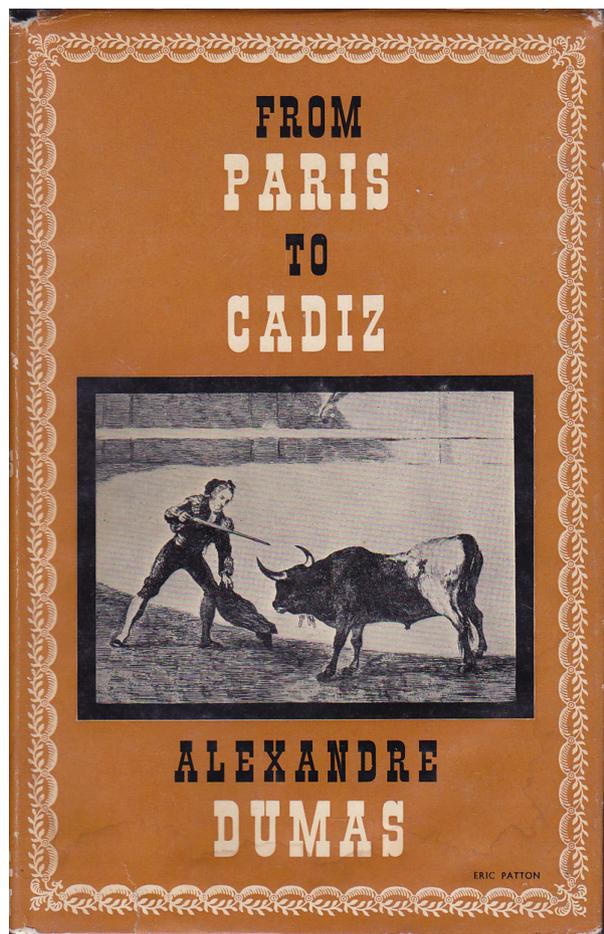
Muchos de ellos pensaban que, en realidad, sólo Andalucía merecía la pena ser visitada, por conservar mejor que ninguna otra región el pasado musulmán. Sevilla y Granada eran los destinos preferidos y la Alhambra la meta. “Anhele Sevilla, la maravilla de las Españas”, dirá Juliette de Robersart. Córdoba y la mezquita quedaban en segundo plano.

El norte de España quedaba en segundo plano pues, señala Justin Cénat-Mancaut, cuando los viajeros dejan atrás las provincias pirenaicas no miran a su alrededor hasta que llegan a Madrid. Y advierte a sus lectores que “la palabra España no es sinónimo de palmeras y naranjas. La Península tiene casi tanta variedad de climas y paisajes como Francia. Y a España pertenecen tanto las montañas de Aragón y Navarra como las playas de Cádiz”⁸.

Azorín indicaba al respecto que España era “casi un país inexplorado”, pues los textos de los viajeros extranjeros, incluso los mejores, se centraban en las grandes ciudades y otros lugares a los que se podía llegar con comodidad. Por ello, añadía, “quedaban excluidos del conocimiento y de la avidez de los ambuladores, nacionales y forasteros, muchos sitios, pueblos, ciudades y campiñas en que se halla como condensado mucho del espíritu de España”⁹. Pueblos con las techumbres pardas de los caserones donde vivían los hidalgos con sus recuerdos, ciudades con casas nobles y otras hechas de ladrillo, “feas y opacas, sin carácter”, huertas, banales y cortinales que, en otoño, se sumaban a la melancolía de la resignación.

También advertía el escritor de Monóvar sobre los escrúpulos con los que estos peregrinos recorrían España, que solía ofrecer una realidad distinta a la que esperaban ver. A pesar de ello, muchos no modificaban su punto de vista a su regreso, cuando





Portada de *From Paris to Cadiz*, Peter Owen ed., Londres, 1958

ponían por escrito su experiencia viajera. Por lo que no sacaban gran cosa en limpio de su estancia en nuestro país, tampoco sus futuros lectores. Dislates y convenciones que, subraya Azorín, afectaban también a las ilustraciones que adornaban sus publicaciones y, en particular, las editadas en Inglaterra:

*Las ilustraciones de tales libros son casi idénticas en todos; de ellas forman parte, inevitablemente, fatalmente, una vista del aguaducho de Segovia, una escena de gitanos y el retrato, de cuerpo entero, en traje de "faena", de algún diestro o novillero de menor cuantía.*¹⁰

A ello cabría añadir la desinformación de la que hacían gala estos visitantes sobre el patrimonio ar-

tístico que iban encontrando a su paso, que asociaban con harta frecuencia al arte islámico aunque no hubiese fundamento para ello. Así, Víctor Hugo en *Las Orientales*, define a Alicante por su mezcla de campanarios y alminares, cuando la ciudad no conservaba ningún vestigio musulmán. El autor francés parecía más interesado por las expresiones rotundas y la sonoridad de las palabras que por el rigor en sus exposiciones. En realidad, se sirvió del romanero como fuente de inspiración.

Por su parte, Alexandre Dumas, al visitar Toledo afirma que "tiene veinte iglesias más ricamente trabajadas en piedra que cualquiera de nuestras iglesias de Francia". Observación exagerada pues no iban más allá de la Catedral y San Juan de los Reyes. Nada dice del estilo de esos edificios ni de su singularidad. Tal vez porque acabó agotado de la visita a iglesias y conventos y campanarios, que se habían sucedido sin descanso alguno desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde¹¹.

En realidad daba por buenas las descripciones de los eruditos que le habían precedido y se mostró más interesado por el hechizo que emanaba la capital imperial. Su estancia fue corta y su despedida placentera, cuando apuntaba la aurora, en tiempo de otoño, camino de Aranjuez. Viajaba en compañía de cuatro amigos poetas y pintores, un hijo veinteañero y su fiel sirviente etíope Agua de Benjui.

Subió a la diligencia que le esperaba en la fonda de los Caballeros y se abrió camino por las cuestas que le llevaron hasta el puente de Alcántara. Al pasar a la otra orilla, los árboles y el viento se habían congregado allí para darle la bienvenida a los viajeros entre susurros. El cuadro lo completa Dumas con la mención a las lavanderas afanadas en su labor a orillas del Tajo y las ruinas de un viejo molino que alteraban el curso de las aguas¹².

Y por lo que se refiere a Prosper Mérimée, que hizo seis viajes a España, el primero de ellos en 1830, no duda en señalar sobre el arte que "las mejores cosas están en el sur. En Madrid no hay nada". Y sobre la catedral de Burgos, el primer monumento

que salva de la pobreza artística general, exclama que “no tiene en absoluto carácter español”. La escultura, en particular la policromada, no le interesa, nada dice de El Greco y cuando menciona a Goya lo hace para censurarlo¹³.

Mérimée, en su condición de medievalista, se propuso visitar los monumentos más antiguos de España de ese período histórico, localizados en tierras de Asturias y Cantabria, pero no llegó a hacer ese viaje. Aunque no se sabe que tuviera conciencia de la singularidad del arte asturiano y el mozárabe. Los eruditos franceses pensaban que no había en España un arte cristiano anterior al románico francés o que si lo había carecía de valor. De ahí que Manuel Gómez Moreno escribiese:

*Aunque no dejen de doler las injusticias, estamos acostumbrados a que lo español se vilipendie, sobre la norma de nuestra moderna inferioridad: el patriotismo francés actúa de buena fe juzgándonos; pero aún es creíble que a la larga se nos estudie y haga justicia, siquiera respecto de siglos lejanos.*¹⁴

A tenor de este panorama, los integrantes de la generación del 98 empezaron a recorrer España, quisieron conocer sus paisajes y monumentos, gentes, pueblos viejos y ciudades históricas, mesones, ventas y caminos. Por entender, aclarará Azorín, que “lo más hondo, lo más castizo, lo que es etéreo e impalpable, no puede ser comprendido ni hablado sino por los naturales del país”¹⁵.

De los excursionistas del 98 fue Pío Baroja quien viajó más: con su hermano Ricardo y el suizo Paul Schmitz a las fuentes del Duero en pleno invierno, haciendo frente a la nieve en Urbión. Miguel de Unamuno, buen conocedor de las tierras de Portugal y España, estuvo en Las Hurdes, en las rías bajas de Galicia o a los pies de la Maladeta. Y Ramiro de Maeztu, al vivir en el extranjero, pudo comparar la realidad española con la de los países en los que residió: Inglaterra o Alemania.

Mientras que Azorín puso el acento en los viajes cortos, casi siempre a solas y con poco equipaje: con una maleta, su sombrero, el bastón, un paraguas



JOSE MARTINEZ RUIZ (AZORIN)
en su gabinete de trabajo

FOT. CAM-5A

Azorín en su gabinete de trabajo. Fotografía de Campúa publicada en La Esfera, 1914

de seda roja, que en el verano de 1904 sustituye por un quitasol gris forrado de tela verde, algún libro y periódicos recientes. Además de un taco de cuartillas y la pluma o lápiz con la que escribirá su artículo al final de la jornada con la ayuda de las notas tomadas durante la ruta. Era entonces cuando los lugares visitados cobraban vida propia¹⁶.

El periodista mostró preferencia por la meseta castellana y sus pueblos desconocidos, las localidades que habían servido de escenario a las obras clásicas de la literatura española: “Visité al señor cura párroco de Maqueda, antecesor del otro párroco del *Lazarillo de Tormes*. En Escalona estuve en los andamios o pasos de las murallas de su castillo. Evoqué allí a la viuda de don Álvaro de Luna, que en tal mansión encerraba su duelo. Y visité varias veces Alcalá de Henares”¹⁷.

Azorín fue haciendo uso a lo largo de su vida de distintos medios de transporte. Fue a pie desde Monóvar a la heredad familiar del Collado, en carro desde la residencia familiar hasta el colegio escolapio de Yecla, en diligencia de Jaén a Granada... Pero su preferido fue el ferrocarril. Al permitirle leer y escribir mientras viajaba, contemplar el trasiego de las estaciones y admirar el paisaje. Acomodado en el vagón, atento al traqueteo del convoy, al quehacer de los compañeros de viaje y al estruendo de los túneles¹⁸. Y con frecuencia, señala Abel Bri, la ruta acabará por parecerle tan sugerente como su destino.

2. CAMINO DE TORRIJOS

Una mañana de febrero de 1903, al amanecer, cuando las calles de Madrid estaban desiertas, Azorín tomó un coche que había de llevarle a la estación de Delicias, cabecera de los trenes que se dirigían al oeste de la Península, hasta Badajoz o Lisboa. Su destino era Torrijos.

Compró un billete en la taquilla, pasó al andén, subió al tren y se acomodó en un vagón. La señal de partida la dio la locomotora con un silbido largo y bronco y no tardó en ofrecerse a su mirada el campo abierto que se extendía hacia la lejanía, adornada con una sinfonía de colores verdes, grises y rojos. Una campiña solitaria: “Un mosaico infinito, con los cuadros de barbechos hoscos. Ni una casa, ni un árbol. Un camino, a intervalos, se pierde sesgo en el llano informe. Junto a la caseta de un guardabarrera, al socaire de las paredes, cuatro o seis gallinas negras picotean y escarban nerviosamente. Y el tren silba y corre, con formidable estrépito de trastos viejos, por la campiña solitaria”¹⁹.

A los integrantes del 98 les interesaba el paisaje. El *Camino de perfección*, de Pío Baroja, dirá Azorín, es una colección magnífica de paisajes. Unamuno piensa que es un factor determinante de la vida y el destino de los hombres, al estimar que los paisajes de nuestra infancia nos acompañan hasta la muerte y forman el meollo de nuestro ser²⁰. Fue capaz de descifrar con maestría la variedad de paisajes espa-

ñoles, cada uno con su singularidad, con su belleza sin reproche, sin primar ninguno sobre los demás, emparentando en su empeño con los pintados por su amigo Ignacio Zuloaga.

Pero fue el escritor alicantino el que más interés mostró por este género: “Lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje... un escritor será tanto más artista cuanto mejor sepa interpretar la *emoción del paisaje*... Es una emoción completamente, casi completamente moderna”²¹.

Imbuido de las enseñanzas de Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, el escritor alicantino ofrecerá a sus lectores una visión penetrante del paisaje acorde con su concepción historiográfica castellanista y la idea de la continuidad nacional. Era un observador atento, minucioso, interesado por los detalles, haciendo gala en sus descripciones de una gran riqueza de vocabulario. Descripciones cuidadas aplicadas a un sentimiento del paisaje en última instancia templado, afectivo y, a veces, teñido de melancolía”²².

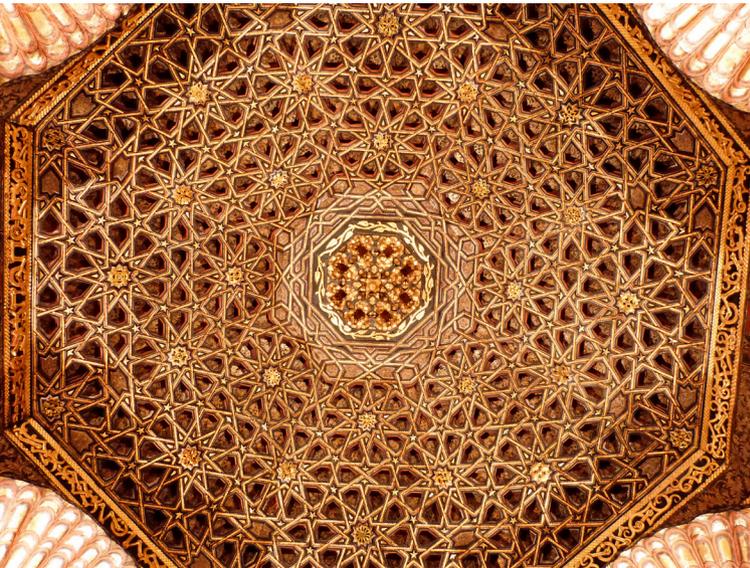
Villaluenga de la Sagra, Bargas y Barcience, recostándose la silueta de su castillo sobre el horizonte, fueron los pueblos que el tren fue dejando atrás, hasta llegar a Torrijos bajo un cielo radiante, mientras se oían las campanadas de las once de la mañana. Una a una. Población llamada desde antiguo “Torrijos de los olivares” por la abundancia de “masas grises de tan bello y fructífero arbolado”, en palabras de Francisco Alcántara.

Azorín dejó atrás la estación, de la que no ofrece detalles, y se encaminó al centro del pueblo por una calle de viviendas terreras pintadas con cal hasta llegar a la plaza de la Constitución. No tardó en distinguir el rótulo de la Posada del Norte en una casa de dos pisos, de balconillos desfondados. Y hasta allí fue decidido y con el propósito de desprenderse de la maleta²³.

Pasó al zaguán, largo, estrecho y bajo, y una puerta entreabierta le franqueó el acceso al patio

primero y después a la cocina. Al no encontrar a nadie para registrar su alojamiento, volvió a la plaza desierta bañada por el sol. Se hizo una composición de lugar sobre sus espaciosas dimensiones y divisó al fondo “un caserón disforme, a medias destruido, con saledizos balcones recios, firmes los anchos sillares de los muros,afiligranado el blasón que campaba sobre la puerta”²⁴.

Se trataba del palacio de Altamira, entonces en demolición, como pudo observar el viajero al pasar más tarde por la calle Jerindote, cuando regresaba a la posada para comer, tras llenar la mañana con un paseo por el pueblo: “Unas tablas viejas cierran un portal ancho; por las rendijas se columbra un patio lleno de escombros; y entre el cascote, ante paredes desmoronadas, se yergue una arquería de medio punto sostenida por elegante columna dórica. Estoy a espaldas del palacio que muestra su fachada a la plaza principal”²⁵.



Cubierta del salón oriental, palacio de Altamira, Torrijos. Ahora se conserva en el palacio de Villandry, finales del siglo XV

A tenor de la referencia de Azorín, el palacio debía estar emplazado en el lado oeste de la plaza. Se trataba de un edificio de grandes dimensiones que había sido promovido por don Gutierre de Cárdenas, contador mayor de Isabel la Católica, y doña

Teresa Enríquez, hija del almirante mayor de Castilla, cuyas armas salpicaban el edificio. También la portada, quizá obra de Antón Egas, que adorna ahora la fachada de la capilla de una finca de Santa Cruz de Retamar, donde las armas de los antiguos propietarios se inclinan ante las de los Reyes Católicos²⁶.

Cuando Francisco Alcántara visitó Torrijos en 1909, la huella de tan insigne monumento se había desvanecido y la plaza afectada seriamente en su monumentalidad y dignidad. Porque “en el sitio que ocupaba el palacio, levántase hoy unas casas fruto del descastamiento artístico actual y consistente en construir a la diablo, y como emigrantes rutos a miles de leguas de todo el país histórico”²⁷.

El pedagogo y crítico de arte cordobés se adentró más tarde por las calles estrechas, sin aceras, de casas bajas, que se desplegaban por el tejido urbano. Preguntó a un vecino por la colegiata. Le llamaron la atención las notables dimensiones de la iglesia y los retablos ambiciosos que la adornaban. Mientras Azorín había fijado su atención en la fachada, que “luce hojarasca y filigranas del Renacimiento; la torre, cuadrilátera, se perfila con un chapitel puntia-gudo y gris en la diafanidad del cielo azul”²⁸.

Los dos excursionistas se detuvieron más tarde ante un convento antiguo, en cuya iglesia, matiza Francisco Alcántara, “sobre las rejas del coro, han puesto las monjas un cuadro que constituye un delito contra el arte”. Un dislate que Azorín habría asociado a la decadencia de la congregación impulsada por Teresa Enríquez en 1507 y a la pérdida progresiva del gusto artístico en el arte religioso. Ella destinó su residencia nobiliaria a convento de la Purísima Concepción. La mengua creciente de vocaciones y rentas serían la causa de la ruina progresiva del edificio, que se acentuó en el siglo XX.

El viajero alicantino se sentó en una piedra cercana al edificio y se entretuvo en contemplar su deterioro: “Viven en él diez y siete monjas, pudieran vivir ciento. Es de sólida e irregular mampostería, trepado por numerosos agujeros, con arcos y ventanas cegados, con altas celosías negruzcas”²⁹. Monjas

que habían sido cuarenta y tres en su tiempo de esplendor. Fue restaurado con la intervención de una escuela taller; el renovado monumento acogió dependencias municipales en la década de 1990.

Tras comer en la posada, Azorín fue al casino a tomar un digestivo y media hora después, invadido por el tedio que envolvía al establecimiento, salió del lugar y se dirigió a las afueras del pueblo. Al poco tiempo entabló conversación con un labriego que estaba trabajando una parcela de habas. El campesino le habló de la falta de agua para el riego debido a la ausencia de manantiales y arroyos, y el problema económico que suponía la excavación de pozos y la instalación de norias. Problemas que dificultaban la compra de abonos y otros productos necesarios para mejorar la productividad de aquellas fincas. Panorama que le llevó al escritor a pensar que Torrijos era el “prototipo de los pueblos castellanos muertos”. Una villa apagada, sin vida, donde nunca pasa nada, dirá en otra ocasión.

Azorín se despidió de su interlocutor, levantó la vista y contempló el pueblo a lo lejos mientras oía el aviso de la locomotora de un tren que avanzaba por la llanura. Entonces decidió regresar a la posada para tomar la cena mientras recordaba la llegada de Lázaro al lugar:

*Antes de que la noche viniese -dice el Lazari-
llo de Tormes-, dí conmigo en Torrijos. Cuando yo
llego, las blancas fachadas de las casas se sumen en
la penumbra; brillan sobre el arroyo débiles franjas
de luces que arrojan los portales, y por las calle-
jillas tortuosas, en todo el pueblo, con clamorosa
greguería de gruñidos graves, agudos, suplicadores,
iracundos, corren los cerdos.³⁰*

El periodista de Monóvar abogaba por impulsar las rutas literarias al pensar que podían contribuir a “avivar el espíritu de amor a la tierra, el patriotismo y para ayudar al conocimiento de la literatura”. Sus preferidas eran la de don Quijote de la Mancha, que recorrería en 1905 con motivo del tercer centenario de la publicación de la primera parte del libro de Cervantes. Daría cuenta de sus experiencias en

forma de entregas aparecidas en *El Imparcial*, agrupadas poco después en forma de libro³¹. A la anterior sumaba la del Lazarillo de Tormes, que también recorrió y moró en los lugares por los que pasó el guía del ciego salmantino. Pero ahora no trasladó sus impresiones al papel sino de manera dispersa.

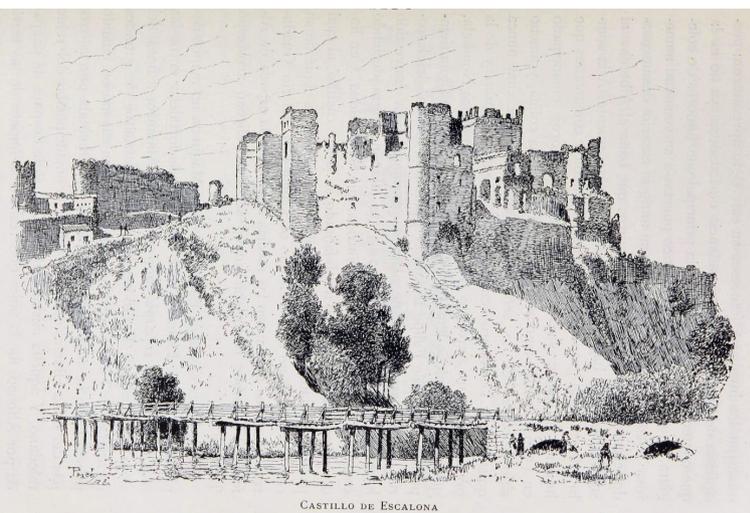
3. LA RUTA DE LÁZARO DE TORMES

De la mano de Lázaro, dice Azorín, se puede visitar una de las partes de España más atractivas, pintorescas y castizas, que permite al viajero deleitarse con un escenario singular donde se intercalan la historia y la literatura: “Hemos salido de Salamanca y nos hemos encaminado, apaciblemente, en dulces días del otoño castellano, camino de la hermosa y abrupta sierra de Gredos. Y ya en la otra banda, nos hemos detenido en Torrijos, en Almorox y en Escalona”³².

La primera parada que Lázaro y el ciego mendicante hicieron en la provincia de Toledo fue a comienzos del otoño, pues la novela cuenta que los viajeros “llegando a un lugar que llaman Almorox al tiempo que recogían las uvas, un vendimiador les dio un racimo dellas en limosna”³³. Un tiempo en el que los días se van volviendo más cortos y frescos y las hojas de los árboles cambian de color, cuando asoma la melancolía. La contemplación de la naturaleza llevaría a Azorín a escribir lo siguiente:

Las montañas son de un color azul acerado; las tierras labrantinas aparecen ocre, rojizas, negruzcas; junto a los arroyos, en los vallecillos y collados, una fronda de árboles pone una nota de verde intenso, y unas picazas, unos alcotanes, unos taragotes, revuelan en el cielo, a días plomizos, a días de un añil profundo. Un reposo solemne, un silencio denso envuelve toda la campiña, todas las montañas, todos los alcores y recuertos.³⁴

El ciego y Lázaro dejaron Almorox para trasladarse a Escalona, “noble y vieja ciudad” vencida por el tiempo. Allí fue donde el muchacho abandonó a su amo tras vengarse de las humillaciones que le había hecho pasar. Le había convencido para que



Castillo de Escalona, dibujo de José Pascó en España, sus monumentos y sus artes, su naturaleza e historia. Castilla La Nueva. III, Barcelona, 1886

golpease su cabeza contra un poste que sostenía el saledizo de una casa en la plaza del pueblo, al tiempo que llovía sin cesar: “golpe que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás medio muerto y hendida la cabeza”³⁵.

El autor no entra en detalles sobre las características de Escalona, salvo que anota que era villa ducal, título concedido por Enrique IV a Juan Pacheco, maestre de la orden de Santiago, cuando el caído en desgracia don Álvaro de Luna había pasado a mejor vida. Permanecía el castillo como testigo de la derrota del condestable pero su ruina se precipitó de la mano del mariscal Soult en el tiempo de la Guerra de la Independencia, al utilizar sus materiales para otras construcciones.

En 1853 conservaba una parte del patio y la denominada “sala rica” y cuando José María Quadra do lo visitó a finales de siglo estaba abandonado, habiéndose convertido en guarida de alimañas y reptiles. Le llamó más la atención por sus notables dimensiones que por la elegancia de su diseño. La sala citada todavía tenía restos de “preciosos arabescos”, que le llevaron a pensar en su pasada grandeza y refinamiento³⁶.

Azorín subió hasta el castillo, emplazado al este de la villa, por encima del caserío, a la vista del Alberche, mientras le venía a la memoria doña Juana Pimentel, la viuda de don Álvaro de Luna que resistió el asedio del monarca durante veinte días. Al llegar al lugar contempló en silencio, sumido “en una honda meditación, el panorama de la campiña. Al pie del palacio, del antiguo y noble castillo, discurre un río. Y unos álamos gráciles se espejean en las claras linfas”³⁷.

Pero volviendo la mirada hacia atrás, mientras el descalabrado ciego era asistido por los viandantes de la plaza, Lázaro aprovechó la confusión del momento para llegar hasta la puerta de la villa y dejó el pueblo. Y sin tardanza alguna, “antes de que la noche viniese di conmigo en Torrijos”³⁸. Lugar del que Quadra do dice que florece como cabeza de distrito, embellecido con notables construcciones.

Dos décadas más tarde, Azorín vuelve a escribir sobre este pueblo subrayando que cuenta con larga y destacada historia y que su presente no responde al brillo de su pasado. Y añade:

*Hoy Torrijos es una ciudad apagada, sin vida, muerta. He estado unos días en ella. El viejo y bello palacio de los Altamira ha desaparecido. Tenía este palacio un ancho patio con columnas clásicas; había admirables artesonados en los techos de sus salones. Los hidalgos y oficiales del pueblo se reunían allí a charlar y a jugar al tresillo. En Torrijos no pasa nunca nada.*³⁹

Al tiempo, complacido por ir tras los pasos de uno de los protagonistas mayores de las letras castellanas y seducido por melancólica visión del paisaje que se extiende a su mirada, no puede evitar sacar a relucir su veta noventayochista, su vocación regeneracionista: “cuando se recorre estos pueblos, cuando el viajero se aposenta en estas fonditas sórdidas y en estos mesones destartalados, es cuando se ve toda la pobreza y toda la dureza de esta pobre, bella y noble Castilla”⁴⁰. Y se pregunta por el destino de la riqueza y el bienestar que antaño alimentaron estas tierras.

De Torrijos marchó Lázaro, ya independiente, a Maqueda, donde entró al servicio de un clérigo. Entonces, dirá el joven salmantino “escapé del trueno y dí en el relámpago”. Añade que “a cabo de tres semanas que estuve con él vine a tanta flaqueza, que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir a la sepultura, si Dios y mi saber no me lo remediaran”⁴¹.

El joven no se extiende en detalles sobre esta población, sobre su emplazamiento alrededor de una colina, su maltratada trama urbana o la plaza: “grande, cuadrada y de mal aspecto”, en palabras de Madoz. Mientras que Quadrado subraya la decadencia del lugar: “hoy es apenas una sombra de sí misma; los solares de sus casas se han reducido a cultivo y sus cuatro parroquias se refundieron en la de Santa María de los Alcázares”. Piensa, en todo caso, que Maqueda luce todavía con orgullo el rollo de la plaza mayor y el castillo que se levanta en lo



Puerta de la muralla. Ahora entrada lateral de la iglesia de Santa María de los Alcázares, Maqueda, siglos X-XII

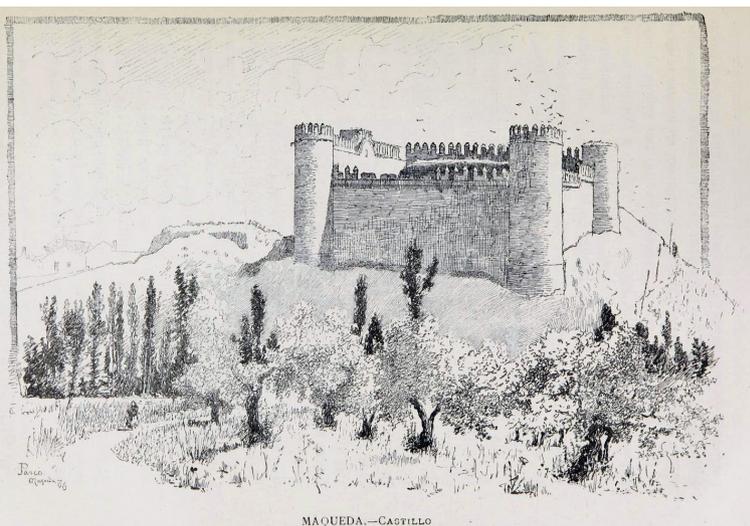
alto del cerro: antiguo puesto de vigilancia romano, fortaleza musulmana desde el siglo X y vivienda de los Cárdenas cinco siglos después. Puesto relevante siempre en la defensa de la línea del Tajo.

Abandonada su condición de campo atrincherado, el castillo inició su decadencia con la llegada de los tiempos modernos, como las murallas y arrabales del pueblo. Cuando Felipe Navarro fue a Maqueda con la Sociedad Española de Excursiones en 1895, tras subir la áspera pendiente y abrir el portón, encontró que no se conservaba nada en el interior:

Lo que fue alcázar fuerte, mansión de los alcaides de la fortaleza, residencia pasajera de infantes y de reyes, sólo abriga hoy una prolífica familia de conejos. En el ángulo N.-E. se conservan restos de habitaciones que debieron constituir la renombrada Torre de los Palazuelos, vieja ya en 1575, donde, según se aseguraba entonces en la villa, “se criaron las infantas hijas del rey Don Juan”.⁴²

A Azorín le pareció una villa de corto vecindario, un pueblecito asentado en la loma de una colina por donde asomaba el castillo, hasta el que ascendió para contemplar el panorama que se ofrecía desde allí. Con el riachuelo en la llanura avanzando por lo hondo de la cañada flanqueado por una olmeda, los huertecillos plenos de verdor y las tierras severas que se prolongaban en la lejanía hasta alcanzar las montañas azules que trazaban la línea del horizonte⁴³.

El castillo carecía de interés al estar presidido por los escombros, contó el escritor en su discurso de ingreso a la Real Academia Española: “Los cuatro muros exteriores, con cuatro torreones en los ángulos, es todo lo que queda de la antigua fortaleza”. Población, dijo en la ceremonia de 1924, de caserío reducido y pobre que ofrece una imagen fugaz y modesta, donde las horas transcurrían en el siglo XX como lo harían en el XVI. Ahora, matiza, hay algunas ruinas más: las del castillo gualdo, la osamenta de una iglesia arruinada... pero el resto sigue igual⁴⁴.



Castillo de Maqueda, dibujo de José Pascó en *España, sus monumentos y sus artes, su naturaleza e historia. Castilla La Nueva. III*, Barcelona, 1886

Durante su visita a Maqueda fue a saludar al párroco, el sucesor, a través de los siglos, del buen clérigo del Lazarillo: fornido, moreno, de porte simpático, roten en mano, sotana con esclavina y bonete de cuatro picos. Quería saturarse de los recuerdos de nuestros clásicos. No basta leerlos, dirá, “hay que vivirlos: contemplar los mismos paisajes que nuestros autores, posar en los mismos mesones, hablar con sus gentes y peregrinar por los mismos llanos polvorientos y sierras quebradas”⁴⁵.

El escritor de Monóvar dejó para otra ocasión el relato de las bondades ocultas del lugar, escrito en *Antonio Azorín*. Regresó a Madrid y volvió a la rutina de *El Globo*, la Biblioteca Nacional, la lectura y la escritura. Más tarde contó a sus lectores que Lazarillo abandonó al clérigo y se fue a Toledo donde acabó sus días establecido y casado. Aunque empezó su estancia en la capital imperial sirviendo a un hidalgo, un personaje por el que tenía simpatía al tratarse del tipo que mejor sintetizaba y retrataba la esencia de Castilla.

4. EL HIDALGO DE EL GRECO

Azorín y Pío Baroja habían ido a Toledo a finales del año 1900, invitados por el periodista y político Julio Burell, amigo de los dos y a la sazón gobernador civil de la provincia: de prosa elegante y agudo polemista, abanderado de la modernización de la enseñanza. Su estancia en la ciudad se prolongó del 19 al 24 de noviembre y se alojaron en la “posada Nueva”, una casa con “presunciones de fonda”, porque precisará el alicantino que “si en las posadas no hay en el comedor mesa redonda, la mesa redonda de las antiguas fondas, allí la había. Y claro que debía estar cubierta con un mantel de hule”⁴⁶.

Estaba emplazada a la “entrada de Zocodover, enfrente de un convento”. Allí gozaron de la compañía de viajeros de comercio, turistas, militares y labriegos de la tierra toledana. Se trataba de la misma hospedería que acogió a Fernando Ossorio y Antonio Azorín, los protagonistas de *Camino de perfección* y *La Voluntad*⁴⁷.

Los dos escritores entregaron buena parte de su tiempo a descubrir los secretos del tejido urbano de la capital del Tajo, recorriéndolo sin guía ni plano sus calles enrevesadas y pinas, cobertizos, travesías y plazuelas. Además de visitar las iglesias sosegadas que guardaban cuadros de El Greco, pues era allí y no en los museos donde cobraban verdadera vida. Y al llegar la noche, como le había sucedido a Ángel Guerra, el misterio y la poesía salían a su encuentro⁴⁸.

Parecían emular al protagonista de Galdós en su querencia por visitar los conventos de monjas, con sus claustros y refectorios, con huertos y jardines donde crecían laureles, cipreses y rosales. Era su contacto con la naturaleza. Jardines dotados del encanto del que carecen los dispuestos en el centro de las ciudades o a campo abierto, rosas pasajeras que recordaban la belleza y fragilidad de la vida y el inevitable paso del tiempo. Además de templos solitarios que apenas congregaban feligreses. Y si Azorín y Baroja buscaban allí una confirmación de la espiritualidad de El Greco, a Ángel Guerra:

*Lo que más le enamoraba era el sentimiento de reposo, de convalecencia, de tranquilidad interior que aquellos recintos monjiles tenían en sí. El fresco matinal resultaba placentero en aquella cavidad hospitalaria, en la dureza del banco lustrado por el tiempo, o de rodillas sobre el ruedo de esparto. Y de tal modo le iban gustando las iglesias de monjas, que vista una quiso verlas todas, y poco a poco, esta quiero, esta no quiero, visitó Santo Domingo el Antiguo, las Capuchinas, Santo Domingo el Real, las Claras, San Clemente, San Pablo, etc., y allí permanecía hasta que le echaba el sacristán, entre siete y ocho. Si el cura no estaba en el altar, recorría la iglesia con estudiada compostura buscando Grecos, que eran su delicia.*⁴⁹

Antes de mostrar Azorín su complicidad con El Greco en *La Voluntad*, lo hizo en *Diario de un enfermo*, dedicándole el libro: “A la memoria de Doménico Theotocópuli”, seducido por el tratamiento de la luz en sus cuadros, la paleta cromática, el encuadre de algunas obras y algunos temas de su extenso repertorio⁵⁰. Era, dirá Martínez Ruiz, un pintor que le hacía llorar de admiración y angustia. “Sus personajes alargados, retorcidos, violentos, penosos, en negruzcos tintes, azulados violentos, violentos ojos, palideces cárdenas dan la sensación angustiosa de la vida febril, tumultuosa, atormentada, trágica”⁵¹. El retrato del cardenal Tavera, puntualiza, traduce muy bien este ideario y justifica las escapadas del protagonista a Toledo.

Azorín vuelve a Toledo en 1904, cuando recrea en el periódico *España* del 14 de noviembre un día en la vida de “Un hidalgo” a partir del personaje del Lazarillo de Tormes⁵². Vive en una casa grande presidida por un gran escudo de piedra, que da a una calle tortuosa y estrecha⁵³. Se despierta de buena mañana, se viste con cuidado y le dice a su criado que va a oír misa, que vele por la morada. Mientras las campanas le recuerdan que no ha de retrasar la partida.

Entra en una iglesia blanca y silenciosa, ocupa el lugar acostumbrado entre los fieles y al término de la ceremonia, como hace un día otoñal, tibio, cuando

las hojas de los árboles amarillean y son mecidas por el viento, decide dar un paseo por las afueras de la ciudad. Al poco, observa que “a la otra banda del hondo Tajo, se despliega el panorama adusto, sobrio, intenso, azul oscuro, ocre apagado, verde sombrío -los colores del Greco- de los extensos cigarrales”⁵⁴.

Por la tarde regresa a las calles y plazas toledanas, se entretiene hablando con los conocidos que salen a su paso y de nuevo se acerca hasta el río, hondo y amarillento dirá evocando a Garcilaso, quien también cantó al Tormes y al Danubio. Desde el acantilado observa el paso de las aguas mansas e impasibles que se pierden en la lejanía. De vuelta a casa no tarda en retirarse a su aposento porque no tiene nada para cenar. Coloca su capa con cuidado sobre el poyo, se desnuda con parsimonia y se acuesta. El hidalgo no se queja ni lamenta su estado. Su consuelo es su es-



Foto de la Bajada del Barco de Toledo

pada. Añade Azorín que su encomiable austeridad le permitía adoptar con serenidad sus dolores y angustias. Su perfil, concluye, retrata con precisión la esencia de Castilla y la grandeza española⁵⁵.

El escritor alicantino vuelve en “Lo fatal”, relato incluido en *Castilla*, al mismo escenario y con los mismos protagonistas⁵⁶. Ahora describe con más detalle la austera casa del hidalgo: el patio empedrado de menudos y blancos guijos, las cámaras y la estancia principal, que no tiene “tapices, ni armarios, ni mesas, ni sillas. Nada; todo está desnudo, blanco y desierto”. Cerradas están las ventanas del primer piso y del sobrado⁵⁷.

Las suaves pisadas del hidalgo y su criado en las habitaciones del piso bajo se diluyen cuando sueñan las campanadas del mediodía. Ahora todo es silencio. Tras la magra comida y el rutinario reposo, a media tarde, el caballero se ciñe el talabarte, se coloca la capa sobre los hombros, se acerca al umbral, abre la puerta y se dispone a dar un paseo:

*Se planta la mano derecha en la cadera y con la siniestra puesta en el puño de la espada, comienza a andar, reposada y airosamente, calle arriba. Los ojos del mozuelo le siguen hasta que desaparece por la esquina.*⁵⁸

Al no poder pagar el alquiler de su vivienda, el hidalgo, con pesar, se traslada a Valladolid donde disponía de un palomar desplomado y el solar de unas viviendas arruinadas. Pero con la ayuda de una herencia inesperada, levanta las casas de su hacienda y pone en cultivo las tierras antaño abandonadas. Su situación mejora en poco tiempo y ahora vive en un caserón con muebles de nogal y la despensa bien provista, un alazán en la caballeriza y una carroza pintada para ir a pasear por los sotos del Pisuerga. Pero su salud empeora e invadido por la tristeza siente la necesidad de regresar a Toledo.

Entonces visita a su antiguo criado, el buen Lázaro, casado y bien establecido, quien encarga a un pintor, se cree que El Greco, un retrato de su antiguo amo. Retrato que Azorín describe teniendo



Caballero de la mano en el pecho, El Greco, óleo sobre lienzo, Museo del Prado, Madrid, hacia 1580

presente *El caballero de la mano en el pecho* del Museo del Prado:

*Dignos son del gran maestro el colorido y el diseño. El hidalgo aparece en el retrato con la cara buida, alargada; una barbilla rala le corre por las mandíbulas y viene a acabar en punta sobre la nítida gorguera; en lo alto de la frente tiene unos mechoncillos cenicientos. Sus ojos están hundidos, cavernosos, y en ellos hay -como quien ve la muerte cercana- un fulgor de eternidad.*⁵⁹

5. UNA LLAMA QUE OFRECE CONSUELO Y HACE SOÑAR

Azorín contó a los lectores del *Diario de Barcelona*, del 4 de abril de 1910, que había hecho un viaje a Toledo días atrás. Tomó en Madrid el tren de las ocho de la mañana, que desde hacía algunas décadas llevaba a la capital imperial a “artistas de

diferentes castas, literatos y personas aficionadas a lo antiguo”, contempló desde la ventanilla del vagón un paisaje que le resultaba familiar y dos horas más tarde llegó a su destino. Bajó al andén de la estación, salió del vestíbulo, anduvo un breve trecho y pudo ver el descarnado perfil de la ciudad iluminado por el sol de la mañana. Al poco empezó a subir por la empinada cuesta camino de su objetivo: “Todo era silencio, reposo y claridad”.

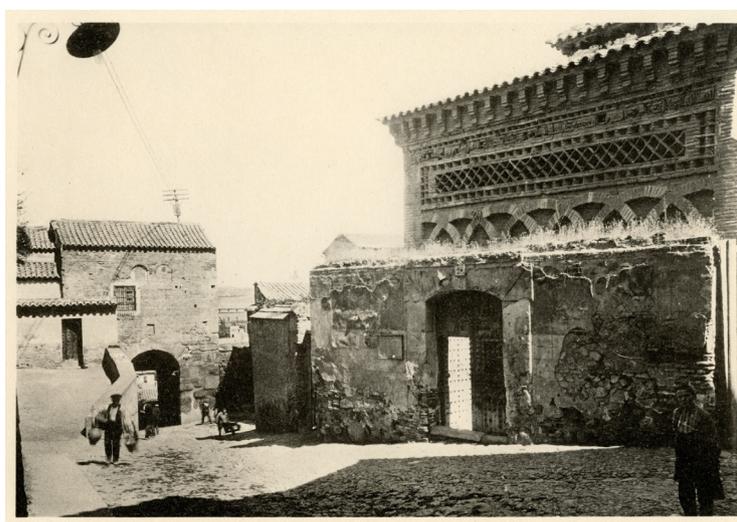
Atravesó la puerta del Sol y al poco se encontró ante la capilla del Cristo de la Luz, que se había beneficiado de la restauración después de haber sido declarada monumento nacional, tras ser descubierta la inscripción fundacional del edificio en 1899. Fue de manera casual, cuando se iban a enlucir las habitaciones de la vivienda del santero, residencia adosada al frontispicio de la construcción original. De hecho, se accedía al santuario por la vivienda. Un estado del que da cuenta el escritor alicantino:

Hasta hace poco, delante de la capilla había una vieja y sórdida casucha; el santuario permanecía de este modo escondido, tapado a la vista del visitante. Se mandó derribar la casa; se hicieron en la capilla excavaciones, y las viejas columnas de piedra aparecieron mucho más largas de lo que eran antes. Hoy el Cristo de la Luz está en reparación. Cuando entramos en la capilla, vemos su ám-

*bito reducido lleno de escombros. No hay nada en las paredes; todo el santuario lo componen algunas columnas de piedra negra, y estas paredes sencillas, viejas, casi ruinosas de ladrillos rojizos. La capilla recibe la luz por la puerta y por dos o tres ventanitas en forma de herradura. Tal es todo.*⁶⁰

A Azorín le atraía el edificio por ser uno de los más antiguos de Toledo y no tanto por la leyenda que dio nombre a la ermita, que ciñe al tiempo de la conquista, subrayando la intervención del caballo del Cid⁶¹. Le interesaba, sobre todo, la antigüedad secular del edificio, su sencillez y lo que a través de los siglos habían representado aquellas paredes tan humildes: ante la sucesión de tragedias, persecuciones de razas, boatos y rebeliones. Hasta convertirse en páginas muertas de la historia.

Sobre este panorama cambiante de luces y sombras que ha alumbrado a Toledo durante siglos, ha permanecido el edificio, amparando una llamita, débil y vacilante, en el interior de la capilla. Lo que parecía insignificante, advierte el viajero a sus lectores, se ha convertido en lo eterno: “La lucecita del modesto santuario, ha estado luciendo allí, siempre igual, a través de los siglos, casi durante mil años”⁶². Testigo y esperanza de las generaciones de toledanos que se han sucedido durante un milenio, de la curiosidad de los visitantes y la fe de todo un pueblo⁶³.



Fotografía del exterior de la mezquita del Cristo de la Luz a comienzos del siglo XX

NOTAS:

- 1 Azorín, “Madrid”, *Tiempo y paisaje. Visión de España*, Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1968, p. 97.
- 2 *Ibid.*, p. 146. En otra ocasión, Azorín escribe un bello artículo sobre el viaje a un convento, ahora masculino, pero su relato se centra en el viaje y no sobrepasa el umbral del edificio: “Ya estamos en la puerta del convento. He bajado de la tartana y he hecho sonar una campana. Un religioso ha venido y me ha hecho pasar a una ancha sala. Había en las paredes dos cuadros: uno, de todos los Pontífices, y el otro de todos los cardenales que han salido de la Orden. He permanecido un momento solo. Nada, ni el más ligero rumor turbaba el silencio. Luego he oído el rumor de unos pasos que se acercaban...”, Azorín, “Viaje a un convento”, *Diario de Barcelona*, 301 (1908) p. 12592.
- 3 *Ibid.*
- 4 Baroja, P., “Domingo en Toledo”, *Electra*, 2 (1901) p. 55. Sobre las sensaciones estéticas de Toledo y su paisaje véase el texto de J. P. Muñoz Herrera, “Toledo o El Greco. Reconocimiento y efusión del escenario”, *Archivo Secreto*, 3 (2006) pp. 88-108.
- 5 De Latour, A., *Tolède au les bords du Tage. Nouvelles études sur l’Espagne*, París: Michel Lévy Frères, 1860, p. 24.
- 6 Rico, M., “El Greco en Toledo”, *El Liberal*, 5537 (1894) p. 1. Azorín utilizaría este artículo como cita de autoridad en su demanda pública de una sala propia para El Greco en el Museo del Prado. El escritor advierte que es semejante el mérito artístico de las dos partes y añade: “Y ¿por qué no ha de ser así? Acaso la gloria no está pintada con el mismo pincel peculiarísimo, coloreada con los mismos colores, dibujada por la sutil manera que esta ringla de píos hidalgos que extienden sus manos suplicantes y alzan extáticos sus ojos?”. Azorín, “El Museo. Una sala para El Greco”, *La Correspondencia de España*, 16021 (1901) p. 1.
- 7 Azorín, “Madrid”, *op. cit.*, p. 119.
- 8 Cénac-Moncaut, J., *L’Espagne inconnue. Voyage dans les Pyrénées, de Barcelone a Tolosa*, París: Aymat, 1861, p. I.
- 9 Azorín, “Comentarios que puso Azorín al “Peregrino entretenido” de [Ciro Bayo] y que muy bien pueden servir de prólogo al “Lazarillo español”, *Ciro Bayo, Lazarillo español. Guía de vagos en tierras de España por un peregrino industrial*, Madrid: Librería Francisco Beltrán, 1911, p. 6.
- 10 *Ibid.*, p. 9.
- 11 Dumas, A., *De Paris à Cadix*, París: A Le Vasseur et Cia, s. f. p. 39.
- 12 *Ibid.*, p. 40.
- 13 Pardo, A., *La visión del arte español en los viajeros franceses del siglo XIX*, Valladolid: Ediciones Universidad de Valladolid, 1989, pp. 401-422.
- 14 Moreno, M., “Preámbulo”, *Iglesias mozárabes. Arte español de los siglos X al XI*, Madrid: Centro de Estudios Históricos, 1919, p. XVI.
- 15 Azorín, “Comentarios que puso Azorín al “Peregrino entretenido”, *op. cit.*, p. 10.
- 16 Bri Agulló, A., “Literatura en los viajes de Azorín”, *Canelobre*, 67 (2017) pp. 110-111.
- 17 Azorín, “Madrid”, *op. cit.*, p. 104.
- 18 Cortés Arrese, M., *Azorín y La Mancha*, Murcia: Nausicaä Edición Electrónica S. L., 2022, p. 23.
- 19 Azorín, “En el tren”, *Castilla*, I. Fox ed., Madrid: Austral, 2006, p. 205. Artículo publicado inicialmente en *El Globo* con fecha 7 de noviembre de 1903, con el título “Notas sobre la España vieja. En el tren”, p. 1.
- 20 Unamuno, M. de., *Andanzas y visiones españolas*, Madrid: Renacimiento, 1922, p. 33.
- 21 Azorín, *La voluntad*, I. Fox ed., Madrid: Castalia, 2010, p. 130.
- 22 Ortega Cantero, N., “Paisaje e identidad nacional en Azorín”, *Boletín de la A. G. E.*, 34 (2002) pp. 128-129; Martínez de Pisón, E., “Azorín y el paisaje”, *Canelobre, op. cit.*, pp. 93-103.
- 23 Sobre los lugares de hospedaje que fue encontrando Azorín en sus excursiones por España, Azorín, “Ventas, posadas y fondas”, *Castilla, op. cit.*, pp. 117-124. También Cerro Malagón, R. del., *Carretera, ferrocarril y hospedaje en Toledo (1840-1940)*, Toledo: Ayuntamiento, Concejalía del Área de Cultura, 1992. Azorín se ocupará del mesón del Sevillano al rendir homenaje a *La ilustre fregona* de Cervantes, trazando una semblanza de Constanza y el edificio: “Constancia sirve en el mesón del Sevillano. Este mesón es uno de los más concurridos de Toledo. El patio está empedrado de menudos cantos; alrededor del patio corre una galería con barandilla tosca de madera. La galería está sostenida por viejas columnas sin plinto, con el capitel jónico desgastado, resto de algún derruido palacio”. Martínez Ruiz, J., “Tipos pintorescos (de un diccionario inédito)”, *La Ilustración española y americana*, VIII: XLVI (1902) pp. 123 y 126.
- 24 Azorín, “En Torrijos”, *Castilla, op. cit.*, p. 210. Artículo publicado inicialmente con el título de “Notas sobre la España vieja. En Torrijos”, en *El Globo* del 8 de febrero de 1903, p. 1.
- 25 *Ibid.*, p. 211.

- 26 También nos han llegado las cúpulas doradas y policromadas que adornaban las torres de los ángulos del patio. La más valiosa se conserva en el Museo Arqueológico Nacional, con los escudos de los propietarios, veneras alusivas a la pertenencia del titular a la orden de Santiago y una inscripción relativa a los Reyes Católicos. Una descripción del edificio en Repullés y Vargas, E. M., “El palacio de Torrijos”, en *Resumen de Arquitectura* (1894), pp. 101-105. Un estudio de la cúpula en Nuere Matauco, E., Candelas-Gutiérrez, A., y Mingo García, J. de., “Análisis constructivo de la cúpula de madera del desaparecido palacio de los Cárdenas en Torrijos (S. XV), en *Informes de la Construcción*, 559 (2020), pp. 1-11, <https://doi.org/103989/ic.71019>.
- 27 Alcántara, F., “Por tierras de Toledo. Torrijos”, en *El Imparcial*, nº 15143 (1909) p. 3.
- 28 Azorín, “En Torrijos”, *op. cit.*, pp. 210-211.
- 29 *Ibid.*, p. 211.
- 30 *Ibid.*, p. 215.
- 31 Azorín, *La ruta de don Quijote*, J. M. Martínez Cachero ed., 10ª ed., Madrid: Cátedra, 2016.
- 32 Azorín, *La amada España*, Barcelona: Destino, 1967, p. 280.
- 33 *Lazarillo de Tormes*, F. Rico ed., 17ª ed., Madrid: Cátedra, 2003, p. 36.
- 34 Azorín, “Lazarillo de Tormes”, *Castilla, op. cit.*, p. 286. Artículo publicado inicialmente en *Diario de Barcelona* con fecha 7 de diciembre de 1909.
- 35 *Lazarillo de Tormes, op. cit.*, p. 45.
- 36 Quadrado, J. M. y Fuente V. de la, *España sus monumentos y artes, su naturaleza e historia. Castilla la Nueva*, III, Barcelona: Daniel Cortezo y Cía, 1886, pp. 332-334.
- 37 Azorín, *La amada España, op. cit.*, p. 281.
- 38 *Lazarillo de Tormes, op. cit.*, p. 46.
- 39 Azorín, “Lazarillo de Tormes”, *Castilla, op. cit.*, p. 287.
- 40 *Ibid.*
- 41 *Lazarillo de Tormes, op. cit.*, p. 51.
- 42 Navarro, F. B., “Fortalezas y castillos de Maqueda y Escalona”, *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 25 (1895) p. 15.
- 43 Azorín, *Antonio Azorín*, Madrid: Rafael Caro Raggio, 1920, p. 223.
- 44 Azorín, *Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. José Martínez Ruiz (Azorín) el día 26 de octubre de 1924. Contestación del Excmo. Sr. D. Gabriel Maura Gamazo conde de la Mortera*, Madrid: Imprenta de Rafael Caro Raggio, 1924, pp. 146-147.
- 45 Azorín, *Antonio Azorín, op. cit.*, p. 223.
- 46 Azorín, “Madrid”, *op. cit.*, p. 114.
- 47 Cortés Arrese, M., *Variaciones sobre El Entierro del Señor de Orgaz*, Cuadernos de Archivo Secreto 3, Toledo: Ayuntamiento de Toledo, 2021, pp. 20-24. Sobre las excursiones artísticas a Toledo, la primera y más características de nuestras ciudades históricas, en palabras de Galdós, Shoemaker, W. H., *Las cartas desconocidas de Galdós en La Prensa de Buenos Aires*, Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica, 1973, pp. 79-81.
- 48 Azorín, *Lecturas españolas*, Madrid, Agrupación nacional del comercio del libro, 1974, p. 132. Un escenario, el del casco histórico, que impresionó con fuerza al pintor ferrolano Fernando Álvarez Sotomayor, que pasó su adolescencia en Toledo, donde se desarrollaron sus aficiones artísticas: “Aún recuerdo el melancólico encanto que tenían las tortuosas calles de la ciudad imperial al anochecer, hora en que iba a dar clase a casa de su delineante”. Francés, J., “Fernando Sotomayor. Arte y espíritu de un gran pintor español”, *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, 12 (1961) p. 25. Sobre la visión misticista de Toledo, Martínez Gil, F., *La invención de Toledo. Imágenes históricas de una identidad urbana*, Ciudad Real: Almud, 2007, pp. 209-212.
- 49 Pérez Galdós, Benito, *Ángel Guerra*, Madrid: Administración de La Guirnalda y Episodios Nacionales, 1891, pp. 26-27.
- 50 Escartín Gual, Montserrat, “Introducción”, en *Diario de un enfermo*, Madrid: Cátedra, 2015, pp. 87-88.
- 51 Martínez Ruiz, José, *Diario de un enfermo, op. cit.*, p. 287.
- 52 *Lazarillo de Tormes, op. cit.*, pp. 71-110.
- 53 Se ha pensado que corresponde a la bajada del Barco, que llegaba hasta la muralla que protegía la orilla derecha del Tajo. Rodríguez Rodríguez, Luis, *De Salamanca a Toledo con Lazarillo de Tormes*, Toledo: Diputación Provincial de Toledo, 1983, pp. 34-36. Sobre la ruta literaria de Lazarillo en Toledo, Calvo, M., *Rutas literarias de Toledo*, Toledo: Editorial Cuarto Centenario, 2012, pp. 81-83.
- 54 Azorín, *Castilla, op. cit.*, p. 245.

55 *Ibid.*, p. 248.

56 Otro hidalgo aparece descrito en “Cerrera, cerrera” a partir del entremés de Cervantes *La tía fingida*. Un personaje solitario abocado a la melancolía que también vive en una vieja ciudad y entretiene su tiempo viendo pasar las aguas mansas del río sentado junto a un molino. Ha de visitar su lugar de origen y se dijo que estuvo en Italia.

57 La casa del hidalgo de la que se habla en *Lazarillo de Tormes*, tenía la entrada oscura, un patio pequeño y razonables cámaras. Pero no tenía “silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras”, *Lazarillo de Tormes, op. cit.*, p. 75. Una casa lóbrega y oscura, triste y desdichada se dirá en otra ocasión.

58 Azorín, *Castilla, op. cit.*, p. 165.

59 *Ibid.*, p. 169. Una descripción pormenorizada del caballero joven de bello rostro, que vive y se asoma a la ventana del marco en Baroja, P., “Cuadros del Greco. I. Los retratos del Museo del Prado”, *El Globo*, 8970 (1900) p. 1.

60 Azorín, “Una lucecita”, *Diario de Barcelona*, 94 (1910) p. 4601.

61 Magán, N., “España pintoresca. Ermita del Cristo de la Luz en Toledo”, *Semanario Pintoresco Español*, 5 (1846) p. 34 y Olavarría y Huarte, E. de., *Tradiciones de Toledo*, 2ª ed., Madrid: Montoya y Compañía, 1880, pp. 1-18.

62 Azorín, “Una lucecita”, *op. cit.*, p. 4601; *Mezquita de Bab Al Mardum, Cristo de la Luz, Toledo 999-1999*, R. Izquierdo Benito, T. Pérez Higuera y J. P. Muñoz Herrera comps., Toledo: Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, 1999.

63 Sobre Toledo como lugar donde reposa la tradición y duerme la gloria del pasado castellano, como ciudad del silencio, de su vida ordenada por las campanas de las iglesias, García Álvarez, J., “Toledo como paisaje de la memoria”, *El paisaje: valores e identidades*, E. Martínez de Pisón y N. Ortega Cantero eds., Madrid: Universidad Autónoma, 2010, pp. 74-76; El viaje de Azorín a Illescas, publicado en el *ABC* del 19 de julio de 1957, parece más un trabajo de despacho que el resultado de un viaje real tanto por la ordenación del artículo como por el alcance de las referencias a obras como las de El Greco.



La maleta de Azorín encontrada en Toledo



Retrato de José Martínez Ruíz, "Azorín". Ramón Casas, c. 1904-1905. Museu Nacional d'Art de Catalunya